

CAPÍTULO IX

Veneno entre flores.

Carolina llegó muy abatida á casa de su esposo.

El remordimiento de ofender á aquel hombre tan noble y tan bueno; el conocimiento que tenía de su rectitud y severidad, y sobre todo, la angustia, el ansia y el dolor que habían sembrado en su alma las palabras amorosas del Conde, habían levantado en ella una sorda tempestad.

Quería sinceramente á Bernardo, pero Francisco la deslumbraba: no era que aun sintiese por el brillante y opulento señor una de esas fatales pasiones que llevan en pos de sí toda la santidad y la dicha de una vida irreprochable, pero podía asegurarse que estaba muy cerca de sentirla.

La vergüenza y la alegría, la esperanza y el desaliento, se disputaban su corazón: sentía un rubor doloroso de ofender á su marido, porque su alma era pura y delicada; pero sentía también una loca y casi delirante alegría al creerse amada por el Conde de Montilla.

Tantas emociones y tan acerba lucha debían rendir y postrar aquella débil naturaleza: una fiebre voraz, efecto de la excitación de sus nervios, se encendió en sus venas, y cuando llegó á su casa, estaba tan débil, tan rendida, tan fatigada, que le fué imposible apearse por sí sola de su manso caballito, y tuvo que bajarla Bernardo en sus robustos brazos.

Asustado éste, la condujo á su cuarto y llamó á voces á su madre; y la buena señora Prisca, olvidando en aquella ocasión todas las pequeñas quejas que tenía de su nuera, corrió afanosa á desnudarla y aliviarla en cuanto pudiese.

Al meterla en su lecho, Carolina fué acometida de una gran convulsión nerviosa: sus dientes se chocaban amenazando romperse, y su hermosa cabeza, pálida y desmelenada, permanecía inerte y pesadamente apoyada en el pecho de su marido.

Pronto acudió el señor Casiano, y propuso ir á buscar al médico; pero el ataque, cediendo un poco, permitió á Carolina hacer una seña que manifestaba su oposición.

La joven no quería estar enferma, porque la sujeción en su lecho significaba no volver á ver al Conde, que debía permanecer en el pueblo muy pocos días.

—¡Pobre hijita mía! exclamó el señor Casiano, tomando una de las manos de la joven; lo que tiene es que hoy ha salido muy temprano y la

ha constipado el relente de la mañana, que aun es frío.

—Eso debe ser... repuso la joven; pero ello pasará... tal vez á la tarde estaré ya buena.

Bernardo, inclinado sobre la cama de su mujer y más pálido que ésta, nada decía; pero en sus enérgicas y tostadas facciones se retrataba una pena inmensa.

La señora Prisca preguntó á Carolina si había tomado algún alimento; y habiéndole dicho que no, corrió á la cocina en busca de una taza de caldo.

Carolina, fatigada por aquellas demostraciones de interés, cerró los ojos no bien hubo sorbido el caldo: la desdichada hubiera deseado completa oscuridad y absoluto silencio para oír á su placer la voz de Francisco que resonaba en su alma, para ver con los ojos de su imaginación los elocuentes y atrevidos ojos del Conde, que se fijaban en los suyos con tan amorosa y lánguida expresión.

A pesar de su deseo de quedarse sola, su marido permaneció á su cabecera toda la mañana y una parte de la tarde: no separaba sus ojos del semblante de Carolina, y de vez en cuando se inclinaba y dejaba un tímido beso en aquella frente abrasada por pensamientos culpables.

Cerca de las cuatro de la tarde se levantó Bernardo, creyendo dormida á la joven con un sueño benéfico y reparador: nada había comido en

todo el día, pues acostumbraba á desayunarse á las doce, y mucho antes de esta hora era cuando se había vuelto acompañando á Carolina: la necesidad de algún alimento se hizo sentir en su desfallecido estómago, y al mismo tiempo la de satisfacer á los peones el jornal de la semana, pues era sábado, día en que, por lo regular, cobran los trabajadores, y dentro del cual pagaba siempre Bernardo á los suyos.

Cruzó el aposento con cuidado sumo; abrió la puerta y salió, dejándola entornada.

Apenas oyó el ligero ruido que hizo su esposo al salir, Carolina, que no dormía, abrió los ojos y se incorporó sobre un brazo, quedando bien pronto sumergida en una amarga y dolorosa meditación.

De repente se estremeció; le pareció oír algún ruido en la ventana, que se hallaba muy poco elevada del suelo.

Un impulso irresistible la hizo levantarse y abrirla, si bien con mucha precaución; asomó la cabeza, y sólo vió la calle desierta, pues á la apacible mañana había sucedido una tarde tempestuosa.

Fijó después sus ojos en el antepecho de la ventana, y vió en él un pequeño ramillete, en cuyo centro asomaba el extremo de una perfumada carta.

Carolina recogió con un ansia indescribible ambas cosas y escondió las flores en un cajón de

su mesa de tocador, después de sacar la carta, que contenía muy pocos renglones y decía así:

«Carolina: No es sólo una afición pasajera la que siento por V.: mi dicha ó mi desgracia eterna dependen de conservar su afecto. No pido amor; me contentaré sólo con el título de su amigo, ya que otro mortal más dichoso tiene derechos sagrados sobre V.; pero, al menos, espero de usted que me concederá una entrevista: mañana, al rayar el día, estaré en el jardín del palacio: nadie puede vernos á esa hora, y yo sabré de su boca mi destino.

EL CONDE DE MONTILLA.»

Cuando la joven acabó de leer este billete, sus ojos brillaban y sus labios sonreían: parecía que su pecho se había aliviado de un peso enorme desde que sabía que el Conde se contentaba con su amistad: la pobre niña ignoraba de cuántos ardides se vale el libertinaje, y cuántas máscaras saben tomar los seductores de profesión.

—¡Iré! se dijo: ¡sí, debo ir, y quizás mis palabras le fortifiquen en su buena resolución! Él tiene un corazón noble... él es fuerte, y yo le rogaré que lo sea aún más por los dos... le contaré mi aislamiento; le diré que nadie me comprende aquí, que á nadie más que á mi marido podría pedir consejo y abrir mi corazón, y que á mi madre no me atrevo: ¡oh, sí, sí! debo ir para romper esta red fatal que me va envolviendo...

para formar lazos dulces y consoladores de amistad con ese hombre que tal imperio ejerce sobre mí!

Carolina guardó con las flores el billete, y volviendo á recostarse en las almohadas de su lecho, dejó vagar á su imaginación entre sueños de rosas.

Su marido volvió á sentarse á su lado; y Carolina, muy contrariada con su presencia, quiso probar á dormir, pero en vano: la conciencia gritaba en su oído; y por más que ella tratase de engañarla con sofismas, la conciencia es un juez que no se vende ni se deja engañar por apariencias.

Sin embargo, ya que no dormía, lo fingió tan bien, que cerca de las dos de la mañana, Bernardo, cediendo á las instancias de sus padres, se retiró á su cuarto.

Los dos ancianos se marcharon al suyo, y sólo quedó la tía Bautista de guardia junto al lecho de la joven enferma.

La vieja sirvienta la miró con cierto rencor y murmuró entre dientes:

—¡Vaya con los males! Lo que ella quiere es hacer la gran señora y sacudir de su lado á su pobre marido! ¡Cuarto aparte para cada uno! eso no es lo que Dios manda: al menos, Ambrosio y yo, en veinte años que estuvimos casados, siempre tuvimos el mismo cuarto; pero eso consiste en que yo le quería, y esta melindrosa no quiere á Bernardo, ni se casó con él por otra cosa que por sus pesetas y porque ella estaba muerta de hambre.

Y la vieja Bautista, después de este soliloquio, se recostó en la silla y se durmió profundamente, sin dársele un ardite por el cuidado de la enferma, á la que tan escasas simpatías profesaba, y de quien era tan severa detractora.